

«Un Estado hecho por y para la guerra»*

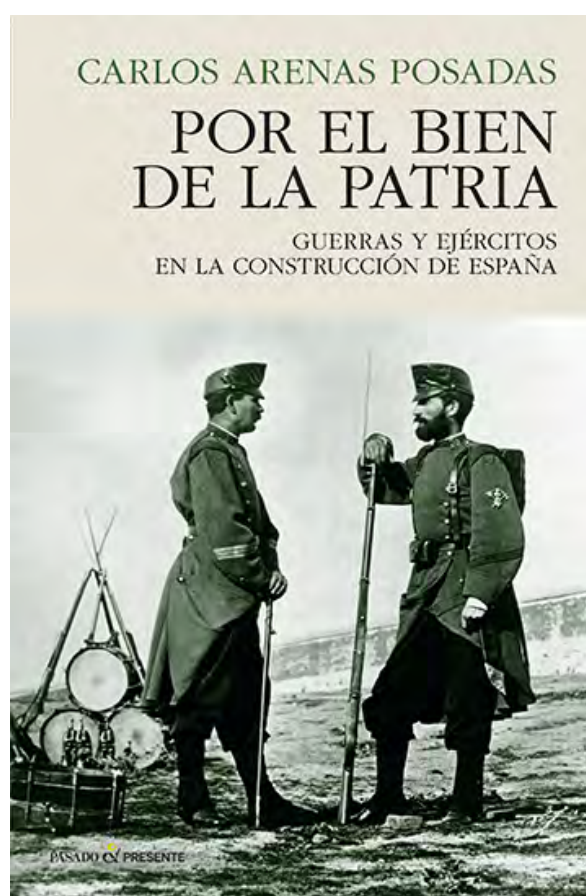
Fernando Hernández Sánchez
Universidad Autónoma de Madrid

Hace algunos años —pocos (fue en 2011), si empleamos una cronología objetiva, pero casi una era geológica si aplicamos la lente de la subjetividad, habida cuenta de lo que ha llovido desde entonces— el por entonces ministro de Educación, Íñigo Méndez de Vigo y Montojo, y su colega de Defensa, María Dolores Cospedal García, pretendieron «españolizar» a una infancia y una juventud sumidas, a su juicio, en un marasmo de multiculturalidad y molicie patriótica. Y no se les ocurrió mejor manera de hacerlo que promoviendo «el conocimiento y sensibilización de los jóvenes escolares sobre los temas relacionados con la paz, la seguridad y la defensa» mediante el Proyecto Conocimiento de la Seguridad y la Defensa Nacional en los centros educativos para la etapa de Educación primaria. Si alguien tiene humor suficiente y tiempo que perder, todavía puede descargarse gratis los materiales al uso en la web de publicaciones del Ministerio de Defensa^[1].

Un somero repaso a las doscientas cuarenta páginas da que pensar que sus autores hacía mucho que no pisaban un colegio

* Reseña de: Carlos Arenas Posadas, *Por el bien de la Patria. Guerras y ejércitos en la construcción de España*, Barcelona: Pasado & Presente, 2019.

1.- En el siguiente enlace: <https://publicaciones.defensa.gob.es/proyecto-conocimiento-de-la-seguridad-y-la-defensa-en-los-centros-educativos.html>



y que, indudablemente, también hacía mucho que no salían de un cuartel. Cada unidad didáctica culminaba con un bonito broche musical consistente en entonar a paso rítmico por el patio escolar los respectivos himnos de las distintas armas, destacando entre tanta viril melodía el pasodoble «Banderita» —«Banderita, tú eres roja/ banderita, tú eres gualda...». Qué lejos estaba el maes-

tro Alonso, autor de la zarzuela sicalíptica *Las corsarias*, de sospechar que la historieta de ese fray Canuto cuyos favores sexuales se rifaban las coristas del Teatro Martín iba a acabar en el currículum de formación cívica y moral en colegios e institutos...

Para el conservadurismo español del siglo XXI, como se ve, los elementos simbólicos que nutren el imaginario de la nación beben de una tradición para cuya datación hay que mover el palito del ordinal romano entre las dos equis. Un «tiempo largo» que el ensayo de Carlos Arenas proyecta aún mucho más atrás a fin de explicar la construcción del Estado a partir del desarrollo del ejército y de las guerras en que ambos, estructura e instrumento, se empeñaron durante las siete últimas centurias.

Arenas recoge una sentencia de Pierre Vilar que sintetiza y atraviesa su texto: «España es un estado hecho por y para la guerra». En esa genealogía amasada con hierro, sangre y pólvora se insertan la reconquista medieval, las hazañas imperiales de los Austrias en los siglos XVI y XVII, los conflictos hegemónicos de los Borbones en el XVIII, la guerra de la Independencia entre 1808 y 1814, el ciclo de las guerras carlistas (1833-1874), las campañas coloniales en América y África (1859-1898-1909-1923), la guerra de 1936 a 1939 y la actual guerra global contra el terrorismo fundamentalista. Una característica los define: aunque algunos de estos acontecimientos ostenten la apariencia de conflictos exteriores, una buena parte de ellos están trufados de los rasgos de la guerra civil entre territorios, entre ideologías o entre clases.

Según el autor, esta construcción del estado mediante la guerra ha tenido, históricamente, consecuencias indelebiles: han sido los vencedores, autorrecompensados con el botín, herederos por generaciones de las distintas parcelas del poder (fundionario, financiero, social, político y militar, por su-

puesto) quienes lo han troquelado de acuerdo a sus intereses, imponiendo un concepto canónico del ser nacional: qué es lo español y, en consecuencia, cuáles son las características que ornán al «español de bien» y estigmatizan a los malos españoles». Una tradición binaria sobre la que pivotará, con desigual fortuna, el constructo «nación española» que acabe por cristalizar en el siglo XIX. Para el pensamiento reaccionario, España se define por su pronta entrega a la romanidad, la militancia en defensa del catolicismo, la epopeya de la reconquista, la unidad bajo los Reyes Católicos, la evangelización de América y la construcción del Imperio frente a las potencias protestantes, todo ello marcado por el espíritu belicista y misionero del monje/soldado. Para el pensamiento liberal-democrático que evolucionará hacia el republicanismo, lo que define a España es el amor por la independencia ejemplificado en la resistencia de Numancia; la defensa de las libertades populares ejercida por concejos y cortes, cuyo epítome serían las Comunidades de Castilla y las Germanías; sus héroes, los populares y sus acontecimientos a conmemorar, los marcados por los esfuerzos colectivos, como el 2 de Mayo.

La pugna dialéctica entre uno y otro concepto de nación se decantará en el siglo XIX a favor de la más conservadora, pero Arenas, en ese análisis de larga duración al que recurre en su texto, va recorriendo las etapas que contribuirán a configurar el bloque de las élites extractivas, agavilladas en torno a lo que el autor denomina el «estado de las mercedes» —la gratificación a cargo de la real hacienda, destinada a fidelizar a una oligarquía no concurrente, sino servicial a la corona—. Un bloque de poder que definirá, desde la Baja Edad Media, una determinada arquitectura del estado sustentada sobre tres pilares fundamentales: la propia monarquía, la Iglesia como fuente

de legitimación y el ejército como herramienta de coerción.

En el proceso de homogeneización del cuerpo político que se desarrolla durante la edad Moderna, primero en lo social y lo cultural —con la expulsión de las minorías alógenas, judíos y moriscos, y la imposición coercitiva de una cosmovisión dogmática belicosamente militante contra el protestantismo—, más tarde en lo territorial —reducción al modelo administrativo castellano con los Decretos de Nueva Planta (1713)—, el ejército, como cita Salinas, «se hace Estado». El Despotismo ilustrado marca el inicio de lo que el estudio ya clásico de Manuel Ballbé (*Orden público y militarismo en la España Constitucional. 1812-1983*. Madrid: Alianza, 1984) tipificó como militarización del orden público. El papel otorgado al ejército en la salvaguarda de la paz interior, especialmente a partir de la imposición del cordón sanitario contra la influencia revolucionaria francesa (1789) situará al estamento castrense en una situación de centralidad en el ámbito de decisión política, sobre todo cuando, con la guerra de Independencia, haya que proceder a la reconstrucción del estado con una endémica debilidad de las fuerzas políticas llamadas a realizarlo. El ejército se convertirá, a la sazón, en objeto de deseo como fuerza de intervención para derrocar y erigir gobiernos, contribuyendo a nutrir, junto con otras voces del castellano, el nuevo lenguaje político universal de la revolución burguesa: liberal, guerrilla, espadón, pronunciamiento.

Afirma Arenas que el del siglo XIX es «un estado hecho a tiros». Tiros entre legitimistas y revolucionarios, entre doctrinarios y doceañistas, entre liberales y demócratas. Tiros con los que pretende sustanciarse la pugna entre un concepto de estado impuesto desde arriba, con la instauración de un ejército permanente de conscriptos, frente a su alternativa desde abajo, basado

en un ejército de milicias reclutadas cuando fuera preciso a iniciativa de los poderes locales. Sabemos cuál prevaleció. El triunfo de la opción centralista vino acompañada de una continua depuración de militares de orientación progresista —de forma violenta en los periodos de reacción (1823, 1845); de forma gradual en otros (1860)—, mientras que los carlistas pudieron integrarse conservando sus rangos desde el abrazo de Vergara (1839). Catolicismo y valores castrenses se erigieron en los mascarones de proa de la construcción nacional desde que la burguesía abandonó definitivamente sus veleidades revolucionarias. El ejército bajo la Restauración (1876-1923) desarrolló una cultura corporativa en torno a academias, casinos y cuarteles que le confería una visión distante y distorsionada de la realidad social en un momento de cambio económico y social acelerado.

El trauma de la derrota y la pérdida de los vestigios del imperio americano acabó por alinear al ejército con las posiciones políticas reaccionarias. Inane frente al enemigo interior, asumió una posición de gendarme frente a un enemigo interior con tres rostros: el de la revolución proletaria, que amenazaba la propiedad privada; el de los nacionalismos periféricos, que ponían en peligro la unidad territorial; y el propio sistema político, enconado por la división partidista. Las críticas contra la actuación castrense se elevaron a la categoría de ofensas a la nación. La resistencia a sus métodos corrompidos de conscripción —sistema de quintas, redención en metálico, compra de un sustituto o pago de cuota para eludir el peligro— se castigó duramente por un código de justicia militar extensible, en su jurisdicción, a los civiles. De centinela de la tranquilidad interior, el ejército pasó a considerarse la última barrera de contención contra la destrucción de la nación y así lo hizo valer en dos ocasiones en la primera

mitad del siglo XX: en 1923 y en 1936. A ese autodesignado «pelotón de soldados que salvan la civilización», en expresión de Spengler, ha dedicado otro ensayo Juan Carlos Losada: *El ogro patriótico. Los militares contra el pueblo en la España del siglo XX*. Barcelona: Pasado & Presente, 2020.

El ejército surgido de la guerra civil, de nuevo macrocéfalo —arrojando a la basura los intentos de reforma y redimensionamiento del periodo republicano, con un peso exagerado del Ejército de Tierra, traducción de la obsesión por el control del territorio— mantuvo encomendada esa misión. Los militares se integraron como personal al servicio del régimen en tres ámbitos, además del propio: en la represión (los tribunales militares); en la gestión de ramos civiles de la administración (ingeniería, obras públicas, abastos) y en el mantenimiento del orden público. A lo largo de su duración casi geológica, en particular desde el Plan de Estabilización de 1959, el franquismo se vio precisado de incorporar otro tipo de personal especializado. No se gestiona lo mismo un cuartel que una sociedad anónima y los militares cedieron el paso a los tecnócratas, aunque nunca se dejara de sacar brillo al frontispicio recordatorio del hito fundacional, el 18 de julio.

En el tardofranquismo y durante la transición, el ejército pasó a ser algo parecido al espectro del padre de Hamlet: todos sabían que estaba allí y, aunque no se manifestara más que puntualmente —y ¡ay! cuando lo hacía...— su sombra amenazadora se proyectaba sobre los afanes de los pilotos

del cambio. Los gobiernos de la democracia, los de la UCD, primero, y los del PSOE, después, se propusieron acabar con la tentación de los espadones moviendo el punto de mira del ejército para que apuntara hacia el exterior en lugar de hacia adentro. En los amenes de la Guerra Fría, la incorporación a la OTAN, la apertura de nuevas oportunidades y la posibilidad de confraternizar e intercambiar experiencias con ejércitos que habían ganado de verdad guerras internacionales y no solo contra su propio pueblo obraron ese efecto emoliente.

El ensayo de Arenas concluye con escepticismo. Considera que el estado español ha sido construido mediante la acción del martillo pilón del ejército como brazo ejecutor de los designios de una oligarquía que, esencialmente, se mantiene en el poder desde la Edad Moderna. Esa oligarquía se ha apropiado del concepto de nación y no ha dudado históricamente en arrojar de su seno a los conciudadanos que sostenían una visión alternativa, menos castiza y excluyente. La crisis territorial de los últimos años ha venido a demostrar la ingénita capacidad desestabilizadora de los choques de nacionalismos, por asimétricos que sean. Como alternativa, Arenas apuesta porque una sociedad avanzada y plural sea capaz de dotarse de un patriotismo cívico, inclusivo y plural en forma de tercera y definitiva oportunidad histórica. Quien esto escribe comparte esa confianza, pero cree que eso pasa necesariamente porque tardan mucho tiempo en volver a los ministerios los amantes de la zarzuela.